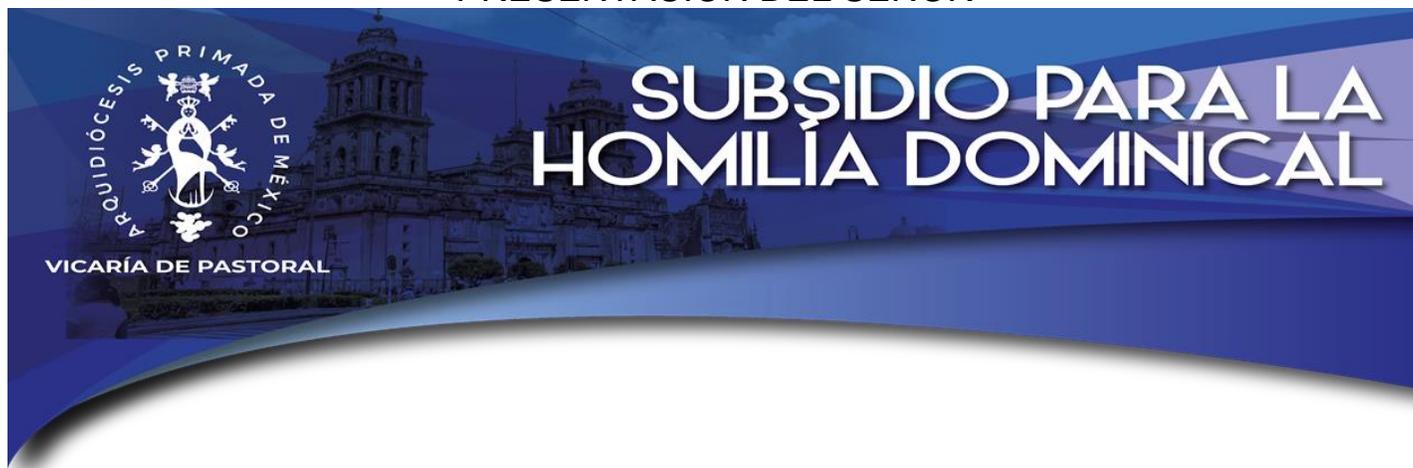


2 de febrero de 2024
PRESENTACIÓN DEL SEÑOR



LECTURAS

Malaquías 3,1-4: Esto dice el Señor Dios: «Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De repente llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando; y el mensajero de la alianza en quien os regocijáis, mirad que está llegando, dice el Señor del universo. ¿Quién resistirá el día de su llegada? ¿Quién se mantendrá en pie ante su mirada? Pues es como fuego de fundidor, como lejía de lavadero. Se sentará como fundidor que refina la plata; refinará a los levitas y los acrisolará como oro y plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas. Entonces agrada al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en tiempos pasados, como antaño».

Sal 23: ¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el Rey de la gloria. ¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor, héroe valeroso, el Señor, valeroso en la batalla. ¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el Rey de la gloria. ¿Quién es ese Rey de la gloria? El Señor, Dios del universo, él es el Rey de la gloria.

Hebreos 2,14-18: Lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados.

Lc 2,22-40: Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que

aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

«Mientras el pueblo esperaba la salvación del Señor, los profetas anunciaban su venida, como afirmaba el profeta Malaquías: «entrará en su Templo el Señor que ustedes buscan; y el Ángel de la alianza que ustedes desean ya viene, dice el Señor de los ejércitos» (3,1). Simeón y Ana son imagen y figura de esta espera. Ellos ven al Señor entrar en su templo e, iluminados por el Espíritu Santo, lo reconocen en el Niño que María lleva en brazos. Llevaban toda la vida esperándolo: Simeón, «que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel» (Lc 2,25); Ana, que «no se apartaba del Templo» (Lc 2,37).

Nos hace bien mirar a estos dos ancianos pacientes en la espera, vigilantes en el espíritu y perseverantes en la oración. Sus corazones permanecen velando, como una antorcha siempre encendida. Son de edad avanzada, pero tienen la juventud del corazón; no se dejan consumir por los días que pasan porque sus ojos permanecen fijos en Dios, en la espera (cf. Sal 145,15). El rostro hacia Dios en espera, siempre en espera.

A lo largo del camino de la vida experimentaron dificultades y decepciones, pero no se rindieron al derrotismo: no "jubilaron" la esperanza. Y así, contemplando al Niño, reconocieron que se había cumplido el tiempo, la profecía se había hecho realidad, había llegado Aquel a quien buscaban y por quien suspiraban, el Mesías de las naciones.

Habiendo mantenido despierta la espera del Señor, se hicieron capaces de acogerlo en la novedad de su venida. Hermanos y hermanas, la espera de Dios también es importante para nosotros, para nuestro camino de fe.

Cada día el Señor nos visita, nos habla, se revela de maneras inesperadas y, al final de la vida y de los tiempos, vendrá. Por eso Él mismo nos exhorta a permanecer despiertos, a estar vigilantes, a perseverar en la espera. Lo peor que nos puede ocurrir, en efecto, es caer en el "sueño del espíritu": dejar adormecer el corazón, anestesiar el alma, almacenar la esperanza en los rincones oscuros de la decepción y la resignación.

Pienso en ustedes, hermanas y hermanos consagrados, y en el don que representan; pienso en cada uno de nosotros, los cristianos de hoy: ¿somos todavía capaces de vivir la

espera? ¿No estamos a veces demasiado atrapados en nosotros mismos, en las cosas y en los ritmos intensos de cada día, hasta el punto de olvidarnos de Dios que siempre viene?

¿No estamos demasiado embelesados por nuestras buenas obras, corriendo incluso el riesgo de convertir la vida religiosa y cristiana en las “muchas cosas que hacer” y de descuidar la búsqueda cotidiana del Señor? ¿No corremos a veces el peligro de programar nuestra vida personal y comunitaria sobre el cálculo de las posibilidades de éxito, en lugar de cultivar con alegría y humildad la pequeña semilla que se nos confía, con la paciencia de quien siembra sin esperar nada, y de quien sabe esperar los tiempos y las sorpresas de Dios?

A veces —hay que reconocerlo— hemos perdido esta capacidad de esperar. Esto se debe a diversos obstáculos, y de entre ellos quisiera destacar dos. El primero es el descuido de la vida interior. Es lo que ocurre cuando el cansancio prevalece sobre el asombro, cuando la costumbre sustituye al entusiasmo, cuando perdemos la perseverancia en el camino espiritual, cuando las experiencias negativas, los conflictos o los frutos, que parecen retrasarse, nos convierten en personas amargadas y resentidas.

Es necesario entonces recuperar la gracia perdida, es decir, volver, mediante una intensa vida interior, al espíritu de humildad gozosa y de gratitud silenciosa. Y esto se alimenta con la adoración, con el empeño de las rodillas y del corazón, con la oración concreta que combate e intercede, que es capaz de avivar el deseo de Dios, el amor de antaño, el asombro del primer día, el sabor de la espera.

El segundo obstáculo es la adaptación al estilo del mundo, que acaba ocupando el lugar del Evangelio. Y el nuestro es un mundo que a menudo corre a gran velocidad, que exalta el “todo y ahora”, que se consume en el activismo y en el buscar exorcizar los miedos y las ansiedades de la vida en los templos paganos del consumismo o en la búsqueda de diversión a toda costa.

En un contexto así de estos tiempos paganos, en el que se destierra y se pierde el silencio, esperar no es fácil, porque requiere una actitud de sana pasividad, la valentía de bajar el ritmo, de no dejarnos abrumar por las actividades, de dejar espacio en nuestro interior a la acción de Dios, como enseña la mística cristiana.

Cuidemos, pues, de que el espíritu del mundo no entre en nuestras comunidades religiosas, en la vida de la Iglesia y en el camino de cada uno de nosotros, pues de lo contrario no daremos fruto.

La vida cristiana y la misión apostólica necesitan de la espera, madurada en la oración y en la fidelidad cotidiana, para liberarnos del mito de la eficiencia, de la obsesión por la productividad y, sobre todo, de la pretensión de encerrar a Dios en nuestras categorías, porque Él viene siempre de manera imprevisible, en tiempos que no son los nuestros y de formas que no son las que esperamos.

Como afirma la mística y filósofa francesa Simone Weil, somos la esposa que espera en la noche la llegada del esposo, y «el papel de la futura esposa es esperar [...]. Desear a Dios y renunciar a todo lo demás es lo único que salva» (S. WEIL, *A la espera de Dios*, Madrid 1996, 125-126).

Hermanas, hermanos, cultivemos en la oración la espera del Señor y aprendamos la buena "pasividad del Espíritu": así podremos abrirnos a la novedad de Dios. Como Simeón, también nosotros carguemos en brazos al Niño, al Dios de la novedad y de las sorpresas. Cuando acogemos al Señor, el pasado se abre al futuro, lo viejo en nosotros se abre a lo nuevo que Él hace nacer.

Esto no es fácil —lo sabemos— porque, en la vida religiosa como en la vida de todo cristiano, es difícil oponerse a la "fuerza de lo viejo": «porque no es fácil que lo viejo que hay en nosotros acoja a lo nuevo [...]. Acoger lo nuevo en lo viejo. La novedad de Dios se presenta como un niño y nosotros —con todos nuestros hábitos, miedos, temores, envidias (pensemos en las envidias), preocupaciones— nos hallamos frente a este niño. ¿Le abrazaremos, le acogeremos, le haremos espacio? ¿Entrará esta novedad de veras en nuestra vida, o más bien intentaremos casar lo viejo y lo nuevo, tratando que la presencia de la novedad de Dios nos moleste lo menos posible?». (C.M. MARTINI, *Meditaciones sobre la oración*, Madrid 2011, 32).

Hermanos y hermanas, estas preguntas son para nosotros, para nuestras comunidades, para la Iglesia. Dejémonos interpelar, dejémonos mover por el Espíritu, como Simeón y Ana. Si como ellos sabremos vivir la espera en el cuidado de la vida interior y en coherencia con el estilo del Evangelio, entonces abrazaremos a Jesús, luz y esperanza de la vida».

Papa Francisco.



VICARÍA DE PASTORAL

SUBSIDIO PARA LA HOMILÍA DOMINICAL

CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA

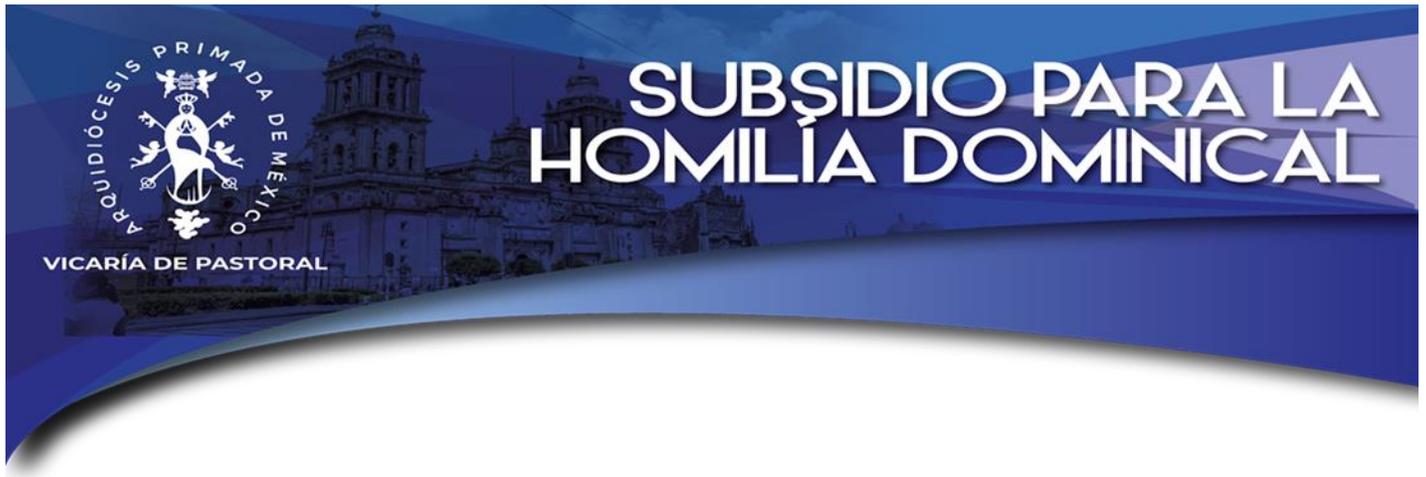


Te invitamos a orar con este bello canto:

<https://bit.ly/3VqMmsj>



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco: "Presentación del Señor en el templo"



<https://youtu.be/Au28mlKzh84?si=Yhvbxed3pyuy7aa9>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor, hoy queremos invitarte a reflexionar sobre la figura de Simeón y Ana en el Evangelio (Lucas 2,22-40). Ambos eran personas mayores, cargadas de años y experiencias, pero con una fe viva que les permitió reconocer en el niño Jesús al Salvador prometido. ¿Cómo está tu fe en este momento de tu vida? ¿Sigues esperando con alegría las promesas de Dios, como lo hicieron Simeón y Ana?

Dios no olvida sus promesas, y tú, como ellos, tienes un lugar especial en su plan. Aunque los años puedan traer cansancio, tus oraciones y tu fidelidad son un tesoro para tu familia y para la Iglesia. Simeón dijo: "Mis ojos han visto a tu Salvador." ¿Estás dejando que tus ojos vean a Jesús en tu día a día, en las pequeñas bendiciones que Dios te concede?

Recuerda también las palabras del Salmo: "Va a entrar el Rey de la gloria." Abre las puertas de tu corazón, deja que el Señor entre con su paz y consuelo. Como Simeón, puedes decir con confianza: "Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz," porque tu vida está en sus manos, y Él nunca te abandona.

El Evangelio de hoy nos presenta a María y José llevando a Jesús al templo para consagrarlo al Señor, cumpliendo con lo prescrito por la ley (Lucas 2,22-40). Su ejemplo nos invita a reflexionar: ¿Cómo estamos presentando a nuestros hijos ante Dios? ¿Estamos educándolos para que reconozcan a Jesús como el centro de sus vidas?

Simeón y Ana nos muestran que la fe no tiene edad y que la espera activa en el Señor da frutos abundantes. Como padres, ¿enseñamos a nuestros hijos a esperar en Dios con esperanza y confianza? ¿Les mostramos que, en medio de los desafíos, el Señor siempre está presente?

La lectura de Malaquías nos recuerda que Dios nos refina como el fuego purifica la plata. La misión de criar a los hijos no es fácil; a menudo requiere paciencia, sacrificio y entrega. Pero, como Simeón y Ana, podemos confiar en que Dios nos sostiene. ¿Estamos pidiendo a Dios la fuerza para guiar a nuestros hijos con amor y sabiduría?

Finalmente, en Hebreos se nos dice que Jesús compartió nuestra carne y sangre para liberarnos del miedo y darnos esperanza. Como padres, podemos enseñarles a nuestros hijos a no temer, a confiar en el amor de Dios y a encontrar en Él la fortaleza para enfrentar la vida.

Que esta fiesta de la Presentación nos inspire a consagrar nuestra familia al Señor y a ser luz para nuestros hijos, como Jesús es luz para las naciones.



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

Luz

En este domingo celebramos la fiesta de la presentación del Señor, mejor conocida como día de la candelaria. Este nombre se debe a las palabras que el anciano Simeón dice sobre Jesús: "Será luz de las naciones", por eso se hace una procesión con velas o candelas. En efecto, Cristo es luz, la misma luz de Dios llamada a iluminar todo el mundo, por eso, en este día, vale la pena preguntarnos: ¿He dejado que Jesús ilumine mi corazón? Te presentamos algunas ideas que pueden guiarte para responder esa pregunta.

1. Dejo que Jesús ilumine mi corazón cuando mantengo constante contacto con él en la oración y los sacramentos. ¿Tengo momentos en el día para entrar en comunicación con él? ¿Asisto a misa y procuro siempre comulgar?
2. Dejo que Jesús ilumine mi corazón cuando estoy dispuesto a dejar mis criterios de pensamiento para adoptar los suyos. Concretamente esto sucede en la confesión, donde con humildad reconozco las cosas en las que no he actuado bien y pido perdón a Dios, que me ilumina. ¿Procuro mantenerme en estado de gracia, confesándome con frecuencia?
3. Dejo que Jesús me ilumine cuando, en mi manera de tratar a los demás poco a poco lo hago con más paciencia, cuidado y amor, también con aquellos que no me caen muy bien o con los que tengo más cerca, como mi familia. ¡Y es que Jesús es así conmigo! Aun cuando yo le falle, él siempre me trata bien, ¿cómo puedo tratar diferente a los demás?

Si reconoces que aún hay aspectos en tu vida en los que hace falta que Jesús llene con su luz, ¡no tengas miedo! Él te está esperando, él quiere que vivas en la luz, con él.



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL INFANTIL

Luz para alumbrar a las naciones

En este domingo celebramos la fiesta de la Presentación del Señor, celebración que tiene lugar 40 días después de la solemnidad de la Navidad. A esta fiesta también se le conoce comúnmente como el día de la candelaria, pues se nos invita a portar nuestras candelas-velas para acompañar la procesión de entrada. María y José en cumplimiento de la ley de Moisés que decía: "todo primogénito varón será consagrado al Señor" acuden al Templo para presentar a Jesús ofreciendo "un par de tórtolas o dos pichones", es decir, la ofrenda de los pobres. En ese momento, nos narra el evangelio, movidos por el Espíritu Santo se encuentran con dos ancianos que reconocen a Jesús como el Mesías salvador.

En anciano Simeón se alegra de tomar al niño Jesús en sus brazos y lo presenta como la luz que viene a iluminar a todas las naciones. La anciana Ana por su parte, hablaba del niño a todos los que guardaban la liberación de Israel. Esto nos enseña dos cosas, en primer lugar, que tenemos que reconocer que Jesús viene a iluminar nuestra vida, aunque parezca que vivimos en la oscuridad y en las tinieblas, al final la luz de Cristo resplandece. En segundo lugar, se nos invita a poder anunciar lo que hemos visto y oído, porque aquel que ha conocido a Jesús no puede esconderlo ni ocultarlo, sino que está llamado a compartir sus dones y transmitirlo a los demás.

En esta semana aplica el Evangelio a tu vida:

- En familia vistan al niño Jesús y llévenlo a bendecir a la parroquia.
- Elabora un dibujo de la presentación del niño Jesús en el Templo.
- Comparte con algún amigo la alegría de ser iluminados por Jesús.

